

Marcial.
Manuscrito de Agustín Millares Carlo
sobre el poeta bilbilitano Marco Valerio Marcial

Introducción de
ANTONIO HENRÍQUEZ JIMÉNEZ
UNED Las Palmas de Gran Canaria

Resumen Manuscrito de Agustín Millares Carlo sobre la vida y obra del poeta latino, natural de BÍlbilis, Marco Valerio Marcial.

Palabras clave: Agustín Millares Carlo, Marcial, epigrama.

Abstract Manuscript of Agustín Millares Carlo about the life and work of the latin poet, from BÍlbilis, Martial.

Key words: Agustín Millares Carlo, Martial, epigram.

Presento un manuscrito de Agustín Millares Carlo, que se encuentra en los Archivos de la Universidad de Madrid catalogado como tesis doctoral. Se trata de ciento siete cuartillas, manuscritas en el recto y en la parte apaisada¹. Es evidente que no se trata de ninguna tesis doctoral. Lo más probable es que sea uno de los trabajos de la asignatura de Latín del curso 1910-1911. En el manuscrito aparecen esos dos años y la fecha de «abril de 1911». La tesis doctoral la defendió Agustín Millares en octubre de 1915 y versó sobre *Documentos pontificios en papiro de Archivos Catalanes. Estudio paleográfico y diplomático*, y se publicó tres años más tarde en la madrileña Imprenta de Fontanet. En 1911, Agustín Millares tenía 18 años, y se encontraba en su segundo curso de carrera en la Universidad Central de Madrid, compaginan-

¹ No existe la cuartilla número 21; después de la cuartilla 91, aparecen dos cuartillas sin numeración. La última cuartilla tiene el número 105. Si le restamos la que sería la 21, le añadimos las dos sin numerar, más la portada (que tampoco aparece numerada), tenemos 107 páginas. Hay otra página sin numerar que sería la cubierta del trabajo, que no lleva nada manuscrito.

do los estudios de Derecho y de Filosofía y Letras; esta última la acabaría en 1913. En febrero de 1914 alcanzaría el grado de Licenciado. Una de las asignaturas de este segundo curso era Lengua y Literatura Latinas. Millares hablaba con cariño y reconocimiento de su profesor de Latín Enrique Soms y Casteln, helenista, latinista y paleógrafo. Este trabajo debe haber sido escrito como ejercicio de la asignatura bajo la dirección de este profesor. Millares tuvo también como profesor de latín a Miguel Artigas.

El joven Millares llegó a Madrid con una preparación fuera de lo común. El ambiente familiar y los estudios realizados en el Colegio de San Agustín le habían dado los instrumentos fundamentales para abordar sus estudios universitarios. Los conocimientos de la literatura clásica latina y griega, de la literatura española, de las lenguas clásicas y del francés, amén del manejo de los legajos en letra revesada y el uso constante de la bien nutrida biblioteca familiar eran una excelente preparación para profundizar en los temas de las distintas asignaturas universitarias. En el trabajo que aquí se presenta, manifiesta Millares el dominio de todos los instrumentos de la investigación: bibliografía, idiomas, y el conocimiento tan temprano de la obra de Nicolás Antonio². Su pasión por la bibliografía ya era un hecho a los 18 años, con estos solidísimos cimientos. También se manifiesta en este trabajo la sensibilidad de la que era poseedor a edad tan temprana, y el tino en calibrar los valores literarios de un autor como Marcial, aduciendo ejemplos de su propia experiencia, así como los conocimientos adquiridos por la lectura y el estudio.

Con respecto a la dedicación de Millares a la filología latina y a la bibliografía, así como a las demás ciencias que profesó, hay que leer la monografía y los estudios que le ha dedicado José Antonio Moreiro, varios de ellos publicados en esta revista.

Millares cae en algún que otro despiste que solvento en la medida que puedo. Por ejemplo, hablando de los cultivadores del epigrama en los tiempos antiguos de la literatura romana, al citar los cuatro poemas que Aulo Gelio transcribe en el libro XIX, cap. IX, de sus *Noctium Atticarum*, se equivoca en el orden. Pondré en nota pie de página cómo lo escribe Millares, que presenta en latín y traducidos en verso por él los epigramas de los autores menos conocidos; no lo hace con el de Catulo que allí se menciona.

Las fuentes más empleadas por Millares son de origen francés. La traducción de «Apolo Ismenio» como «Apolo Ismenien»³ (p. 13) y el dejar un

² Cita dos veces las páginas de la obra; la primera vez, la página 82 coincide con la de la edición madrileña de 1788 (Viuda y Herederos de Joaquín Ibarra), donde aparece «Tribunicio», en vez de «Tribunitio» (página 62 de la edición romana de 1696, Rubéis); la segunda vez, la página 68 se corresponde a la edición romana.

³ Puede que esté citando la traducción de Larcher revisada y corregida por Émile Personneaux de la *Histoire d'Hérodote* (Paris, G. Charpentier et Cie, Éditeurs, 1870).

espacio en blanco –en la misma página– para, posiblemente, poder traducir mejor el apelativo de «Cleóbulo de [Lindos]» —*Lindes* en francés—, así nos lo confirman. En la nota al pie de página de la 34, cita a Mr. Lemaire, editor de Marcial (París, 1825). De su obra en tres volúmenes, dice que es «una de las más depuradas y corregidas que se han hecho.» Al hablar del epigrama griego, exalta la figura de Simónides de Ceos, aduciendo las palabras de los hermanos Alfred y Maurice Croiset. Se trata de una cita del capítulo III del tomo II de su *Histoire de la littérature grecque* (Paris, Thorin, 1898; en la segunda edición, en las pp. 166-167, al hablar del epigrama, dentro de la poesía elegíaca). En la página 55 del manuscrito, cita a Nisard. Al hablar de la obra de Marcial, a comienzos del capítulo V (p. 67), afirma en nota que las ediciones que ha tenido a mano (de la «colección epigramática» de Marcial) son la de este autor francés, y la de la Biblioteca Clásica (los epigramas publicados por Víctor Suárez Capalleja en dicha colección de la Librería madrileña de la viuda de Hernando y C.^a, 1890-1891, bajo el título *Epigramas*). Del «prólogo y notas» de este autor, dice que «nada tienen de originales, pues son meras traducciones de las eruditísimas que acompañan a la edición de Nisard». Nisard publicó su edición de Marcial en la *Collection des auteurs latins avec la traduction en français*, donde aparecen «Stace, Martial, Manilius, Lucilius Junior, Rutilius, Gratius Faliscus, Némésianus et Calpurnius» (Paris, Didot, 1865).

Cita varias veces a W. Teuffel, posiblemente de la traducción francesa de su obra, *Histoire de la littérature romaine*, realizada por J. Bonnard y P. Piéreron (Paris, 1880). Con cierta elegancia, valiéndose de la autoridad de Nicolás Antonio, corrige una opinión de Teuffel y Amador de los Ríos («creo haber leído...»)⁴. José Amador de los Ríos escribió la *Historia crítica de la literatura española* (1861-1865). Millares cita a Aldrete tal y como lo hace Amador de los Ríos en la página 125 del tomo I de su obra. No pone comillas al copiar parte de la nota 1 al pie de la misma página. Al hablar de los estudios especiales sobre el autor latino, cita a Rooy, Brand, Friedlaender, Giese, Scotland, Eddik y Haupt, y resalta el trabajo de Mr. Nisard en su tomo 1.^o de *Estudios de crítica y costumbres sobre los poetas latinos de la decadencia* (p. 91 bis 1 y bis 2). Las citas que hace de Aulo Gelio (pp. 13-15) pueden ser

⁴ Désiré Nisard (en *Collection des auteurs latins avec la traduction en français*, Paris, Didot, 1865) señala en nota al primer verso del epigrama XXXIV (libro V: «Epitaphium Erotii ad Frontonem Parentem») que ha sido Raderus quien ha comprendido mal este verso («ha creído que Frontón y Flacila recomendaban a Eroción. Ha caído por lo demás, y desde la primera frase de su *Vita Martialis, ex ipso Martiale potissimum deprompta*, en un error mucho más grave: ha hecho de Frontón y de Flacila los padres del mismo Marcial»). Amador de los Ríos afirma en la página 126 del tomo I de su citada obra lo siguiente: «el hijo de Fronton y de Flacila fue enviado por estos a Roma, para seguir la carrera del foro». Nótese que las principales traducciones españolas aceptan que el poeta recomienda a sus padres a Eroción.

de cualquier edición de *Noctium Atticarum* (También Nisard tiene una edición bilingüe de *Pétrone, Apulée, Aulu-Gelle* (Paris, Didot, 1860). Avanzando el manuscrito (p. 94), cita textualmente a Mr. Piérro, detractor de Marcial, y a Schoell. Cita al Sr. Suárez (p. 95). En 101-103, cita al jesuita italiano Tiraboschi⁵. En 104, a La Harpe, y a Giraldo.

Andando el tiempo, se ocupará Millares de incluir a Marcial en su *Historia de la literatura latina*, publicada en México por el Fondo de Cultura Económica (1950)⁶. Allí sintetiza en tres páginas lo fundamental de la vida y obra del bilbilitano. En su *Manual Antológico de Literatura Latina* (México, EDIAPSA, 1945), dedica la última parte del capítulo IX al epigrama y a Marco Valerio Marcial. A la noticia sucinta de su vida y obra, añade una interesante nota sobre la influencia de Marcial en los autores españoles y sobre sus traductores al castellano, en la que incluye al mexicano José María Vigil. Luego presenta la traducción en verso de 26 epigramas, de los cuales 15 son de su mano.

Si se compara este trabajo con el citado por Millares «Martial ou la vie du poète» del francés Désiré Nisard, de su libro *Étude de moeurs et de critique sur les poètes latins de la décadence*, notamos que Millares sintetiza las opiniones del autor galo, pero añade personalísimos detalles. Como el de Nisard, su trabajo se sale fuera de lo que viene diciendo la academia, y entra de lleno en una rehabilitación del escritor latino. Defiende su buen fondo con el argumento de que quien sabe valorar la naturaleza, como lo hace Marcial, debe ser un gran poeta. Enseguida trae a colación el ejemplo de Fray Luis de León. Está de acuerdo con Nisard en la opinión que expresa contra lo que decía del bilbilitano La Harpe. Expone las opiniones de varios autores en contra de la traducción de los poemas «obscenos» de Marcial, o, en general, en

⁵ La cita pertenece al tomo II de la obra de Girolamo Tiraboschi (1782-1785) *Storia della Letteratura Italiana*.

⁶ Hay segunda edición, de 1953 (donde se añade una «Bibliografía particular», que había publicado como folleto, en la misma editorial, en 1950, titulado *Bibliografía para la Historia de la Literatura Latina*); una tercera, de 1962; en 1964 y 1971 se hacen dos reimpresiones; en 1976, una cuarta edición, considerablemente aumentada la Bibliografía particular con su trabajo «Apuntes para una bibliografía de los estudios clásicos en España y América Latina», en *Anuario de Filología* (Maracaibo, Universidad del Zulia, 1962, I, pp. 173-307), que ofrecerá, con muchos añadidos, a los editores de la *Bibliografía de los estudios Clásicos en España* (Sociedad Española de Estudios Clásicos, Madrid, 1968). En la p. III de la introducción de esta obra, los editores explican cómo el punto de partida de dicha publicación «consistió» en estos «últimos Apuntes» de Millares. Dicen: «En esta bibliografía, expresamente emprendida como apéndice y complemento de la anteriormente editada por nuestra Sociedad, se registran bastante más de un millar de libros y artículos de tema clásico. Pero su autor no limitó su gentileza a permitirnos la utilización de este material, sino que nos envió su propio ejemplar, anotado con las correcciones necesarias, y un importante número de fichas adicionales. / De estas fichas fueron reservadas, para posible empleo en otra obra bibliográfica, las correspondientes a países americanos, que producen hoy un número nada despreciable de aportaciones meritorias».

contra de su obra. Millares concluye que tal conducta le parece inexplicable, y le viene a la memoria la edición del *Libro de buen amor*, de Tomás Antonio Sánchez, que suprimía lo que consideraba inmoral, «pues dejar en latín esos epigramas donde tan a lo vivo se pintan las costumbres de aquel siglo degenerado, en una colección que está destinada a personas que no conocen ni manejan la lengua latina, o suprimirlas, viene a ser lo mismo». A pesar de los elogios a la obra de Marcial, no se atreve a traducir algún epigrama de otro autor que cita, con cierta pacatería.

En los estudios que llevó a cabo, siempre que tenía ocasión, no olvidaba referirse a Marcial. Citaré algunos ejemplos. En las notas a los versos 1314-1317 de su edición de *Las paredes oyen* de Ruiz de Alarcón⁷, cita el epigrama en latín de Marcial traducido en la obra, hace un comentario de varios renglones sobre la puntuación correcta del pasaje de Alarcón, y presenta la «súcinta, pero elegante traducción» de don Manuel Salinas, de quien hablaba en este trabajo de 1911; también cita el epigrama en latín que aparece traducido en los versos 2293-2294 de *La verdad sospechosa*, y, con variantes, en los versos 1687-1690 de *No hay mal que por bien no venga*.

Al final de sus días, seguirá Millares recordando a Marcial, y lo escrito sobre él, como se puede ver en la conferencia que dictó en el Círculo Mercantil de Las Palmas en noviembre de 1978, bajo el título «Don Juan Iriarte: Latinista y helenista». Al hablar de cómo la investigación moderna «capta y hace revivir las huellas» de los autores, cita «por vía de ejemplo, el estudio de Giulian sobre Marcial y el epigrama en España⁸, libro que nos pone ya en contacto con Iriarte»⁹. Nótese que en dicha conferencia cita la célebre redondilla de Iriarte («A la abeja semejante...») como condensación de «las notas características del epigrama», que ya está presente en este trabajo de 1911, cuando afirma que en los epigramas del «Siglo de Oro» de la literatura latina «nada encontramos de lo 'dulce y punzante', de que nos habla Iriarte».

Al elaborar este trabajo no debía haber aparecido todavía —o Millares no tuvo ocasión de consultarlo— el volumen de Miguel Romero y Martínez, «Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla», titulado *Marcial. Epigramas eróticos (Precedidos de las Memorias del autor)*. Versión en prosa castellana, directa y literal del latín. El libro se editaba en Valencia, por F. Sempere y Compañía, Editores, sin fecha de edición (El au-

⁷ MILLARES CARLO, Agustín (1957). *Obras completas de Juan Ruiz de Alarcón. I. Teatro*. Edición, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo. México, Fondo de Cultura Económica.

⁸ GIULIAN, Anthony A. (1930). *Martial and the Epigram in Spain in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Filadelfia, University of Pennsylvania.

⁹ El nombre de Marcial se citará más veces en la conferencia, que fue editada por el Centro Asociado de la UNED de Las Palmas en 1981, con una «Nota preliminar» de Eugenio Padorno. En el tomo IV de la *Biobibliografía de escritores canarios (Siglos XVI, XVII y XVIII)*, (Valencia, 1980), referencia la traducciones de Marcial por Iriarte (lo que no acontecía en el *Ensayo de una biobibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias* (Madrid, 1932)).

tor firma la «Introducción» el 18 de agosto de 1910)¹⁰. Esta edición de Marcial debió tener cierta difusión. Aquí, en Las Palmas, se encuentra en la biblioteca personal del poeta Tomás Morales, amigo de Millares. Yo he conseguido otro ejemplar en una librería de viejo de Las Palmas.

Presento el trabajo seguido, sin indicación de la paginación original. Las notas a pie de página van corridas, tanto las del original, como las mías, en que anoto algunas particularidades del manuscrito (éstas irán precedidas de NE, «Nota del Editor»). Adapto la ortografía a las normas que rigen actualmente. Desarrollo algunas abreviaturas, sin anotarlas. Añado entre corchetes alguna palabra que, creo, falta.

¹⁰ En la Biblioteca Nacional hay una edición de la Editorial Prometeo, de Valencia, también sin año, con la anotación «1910?». Los autores citados en la Bibliografía de esta traducción son, en su mayoría, los mismos que cita Millares. Las «Memorias del autor» son la traducción de las «compuestas en francés con arreglo al texto de los epigramas por Julio Janin». No hace mucho se han editado estos *Epigramas eróticos de Marcial*, sin aludir a esta traducción de Janin, y con descuidos, tanto en el texto como en el prólogo. En éste parece que se toman datos de la Introducción de la traducción de los *Epigramas* de Marcial por Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger de la Biblioteca Clásica Gredos. Así, por ejemplo, se da como seguro que los padres de Marcial se llamaban Frontón y Flacila, cuando los autores citados, y casi todos los biógrafos del bilbilitano, presentan los datos de su biografía con la natural desconfianza por estar sacados de su propia obra, haciendo notar, después de citar los nombres de sus supuestos padres «con bastantes visos de verosimilitud», «lo resbaladizo del terreno que se pisa cuando los datos sobre la vida de una persona —y más, de un escritor— los proporciona ella misma.»

[Manuscrito de Millares]
1910 a 1911

MARCIAL

ESTUDIO SOBRE SU VIDA Y SUS ESCRITOS

por Agustín Millares y Carló

Madrid - abril - 1911.

Introducción

Epigrama.

Antiguo concepto de esta composición. Su transformación paulatina en la moderna composición epigramática. El epigrama en Grecia. Idem en Roma.

Entre los griegos, donde podemos decir que nace este interesante género de composiciones, se dio el nombre de *epigrama* a las inscripciones que se grababan en las estatuas, en los pórticos, en los sepulcros, etc., recordando fechas o sucesos memorables. El concepto etimológico se halla de acuerdo con esta afirmación. La palabra *epigramma*, en efecto, significa propiamente inscripción y se deriva del verbo griego *epigraphô*, inscribir, compuesto de *epi*, sobre, y *graphein*, escribir, en latín *gravo*, en germánico *graban*, y en antiguo eslavo *gřęsti*, propiamente cincelar, que proviene de la raíz sánscrita *garb*, *grab* y *gabh*, que significa abrir, profundizar.

En Grecia, el uso de las inscripciones fue extendido principalmente por dos clases de monumentos: las tumbas y los objetos colocados como ofrendas en los templos de los dioses. Estas inscripciones destinadas a conservar el nombre y la memoria del difunto a algún memorable hecho de su vida, se escribían, en un principio, en prosa; más adelante, cuando se comprendió la mayor elegancia del verso, y se vio que daba más relieve y fijeza al pensamiento, se inició su uso que llegó bien pronto a sustituir a la prosa por completo principalmente a partir del siglo VI. Primeramente se escribieron en versos épicos, y a esta clase pertenecen los grabados en los trípodas consagrados al dios, por Anfitríón¹¹, por Skaeos y por Laodamas¹², llevando ins-

¹¹ Robert Graves, *Los mitos griegos 2*, p. 114: Anfitríón envió a Heracles a una hacienda de ganado, para que no cometiera más violencias [Había matado con una lira a Lino, hijo de Ismeno], hasta los dieciocho años. «Allí lo eligieron portador del laurel del Apolo Ismenio, y los tebanos todavía conservan el trípede que le dedicó a Anfitríón en esa ocasión.»

¹² Herodoto, *Historias*, V, 59, 60 y 61. Anfitríón, Laodamante, Esceo.

cripciones contemporáneas de estos héroes, y que según Herodoto, adornaban el templo de Apolo Ismenien en Tebas. Son indudablemente apócrifos. Además la de la tumba de Midas, citada por Platón y atribuida por Diógenes¹³ de Laertes a Cleóbulo de [Lindos] y por otros a Homero, pues figura en el número de epigramas que en la *Anthologia griega* o *palatina* lleva su nombre. Está compuesto de cuatro hexámetros. También citaremos las inscripciones del cofre de Kipselos, reproducidas por Pausanias.

Uno de los primeros vates que hubo de emplear para la confección del epigrama el metro elegíaco, que vino a ser su forma propia y definitiva, fue Arquíloco, del que conservamos tres epigramas formados cada uno de un dístico. El primero, es una inscripción funeraria, el segundo, es votiva y el tercero, sería tal vez el ejemplo de un epigrama en el sentido moderno de la palabra, es decir, «una composición de cortos límites en la que se expone con mucha ligereza un pensamiento mordaz y satírico». El empleo del verso elegíaco, verdadero hallazgo de artista, no trajo consigo la desaparición de los antiguos metros, sino que aún siguieron escribiéndose en hexámetros o yambos, pero sólo por excepción.

El dístico elegíaco, ya lo hemos dicho antes, es el cuadro apropiado, donde el epigrama se destaca con toda limpieza, y donde el pensamiento se precisa y destaca; y de este modo por la naturaleza misma del procedimiento técnico, vino insensiblemente el epigrama a convertirse con gran frecuencia en burlón y mordaz, y la palabra, apartándose de su significado primitivo, que es el etimológico, tomó poco a poco un sentido moderno.

Pero, en los primeros tiempos, el epigrama conserva toda su ingenuidad y su dulzura. El poeta épico Pisandro nos ha dejado algunos versos, y de la poetisa Sappho de Mitilene, tan dulce e intensa, conservamos tres. Uno de ellos, dedicado a «Una joven muerta», lo transcribo por su belleza:

«Aquí están las cenizas de Timas, que muerta antes del Higmeneo, fue recibida en el sombrío lecho de Persephona; después de su muerte, sus compañeras, con constante acero, arrancaron de su frente la cabellera encantadora.»

Según se cuenta, Hipparco, el hijo de Pisístrato, había elevado sobre las rutas del Ática, a la mitad del camino entre cada pueblo y Atenas, dos Hermes adornados de una doble inscripción; una de ellas, era el nombre del pueblo; el otro, formado de un sólo pentámetro, estaba destinado a la instrucción moral de los habitantes, y contenía, con el nombre de Hipparco, un buen consejo. He aquí uno:

«Éste es un recuerdo de Hipparco: no engañes nunca a tu amigo.»

¹³ Consultar Safo, citada por Pausanias: ix.29.3; Homero: *Iliada* xviii.569-70; Hesíodo, citado por Diógenes Laercio: viii.1.25" (Nota de R. Graves 2, p. 267).

La *Anthologia griega* nos ha conservado unos veinte epigramas llenos de gracia y naturalidad, que según todas las probabilidades son originales de Anacreonte de Theos, el festivo poeta griego. Son inscripciones funerarias o votivas en su mayoría, y muy breves pues sólo se componen de uno o dos dísticos.

Pero el verdadero maestro del epigrama es, sin disputa, el gran poeta lírico Simónides de Ceos. Consérvanse de él unos 80, sin contar los que se le atribuyen. Entre sus contemporáneos, gozó de una gran reputación, que la posteridad ha confirmado. Prescindiendo de sus epigramas funerarios, correctos en la forma y llenos de sentimiento y de ternura en el fondo, entre los cuales se encuentran algunos tan bellos como el soberbio epitafio de Archêdiké, la hija de Hippias, nada hay tan hermoso como los que escribió inspirándose en el heroísmo de los guerreros griegos muertos en las famosas guerras médicas. «Toda la grandeza de los acontecimientos, dice un historiador francés¹⁴, ha pasado por sus versos. Sin declamación y sin énfasis, Simónides ha sabido encontrar cada vez, la palabra justa y penetrante, que resume y hace sensible la grandeza de una vida o de una muerte.»

¿Hay, en efecto, algo más admirable que los dos versos que coloca en boca de los héroes de las Termópilas?

«Extranjero, ve a decir a los Lacedemonios, que yacemos aquí, porque supimos cumplir la palabra empeñada.»

Toda la trágica resignación de aquellos guerreros palpita en estos dos versos, tan sencillos, tan elegantes. El valor sereno de los que murieron, no porque su muerte remediara ningún mal, ni contribuyera a salvar la patria amenazada, sino, tan sólo, porque su deber era morir, está pintado aquí de mano maestra. Simónides, en suma, fue poeta digno de cantar tan admirable abnegación, y [se] comprende que la Grecia haya recogido cuidadosamente estos ejemplos acabados del gusto más puro y del espíritu más delicado.

Como se desprende de lo apuntado, tanto Simónides de Ceos, como sus antecesores y sucesores, que fueron muchos, hacen del epigrama el motivo de expresión de un pensamiento delicado y suave, ingenioso a lo sumo, pero de ningún modo satírico. Para encontrar esta composición con el carácter que tiene en las modernas literaturas, hemos de recorrer aún mucho tiempo, hasta encontrarnos con los escritores de la escuela de Alejandría, que en el estado actual de estos estudios son reputados como los creadores del epigrama satírico moderno.

La causa de esta evolución tan radical no es difícil de explicar. En el seno de aquella gran escuela, surgieron otros parciales representantes de tendencias distintas y opuestas, que llegaron en su rivalidad a lamentables excesos.

¹⁴ Croiset.

Usaron aquella corta composición para dirigirse insultos personales y sus mezquinas pasiones tomaron plasticidad y forma con el empleo del epigrama. Primero Calímaco y Apolonio, y luego sus discípulos respectivos, que extremaron aún más la nota, hicieron de él un arma terrible para dirigirse mutuas ofensas. A partir del siglo III (a. de J.C.) el epigrama toma todos los tonos, y agota todos los recursos. Sus procedimientos son de los más variados: diálogos, comparaciones, enumeraciones, en suma, todos los recursos que pueden dar relieve al pensamiento o al sentimiento.

Al pasar a Roma, tuvo el epigrama, en un principio la misma significación que tuvo en la literatura antigua de la Grecia. El pueblo romano incomparables en el estilo lapidario, debía sobresalir en el cultivo de este género literario, que los preceptistas incluyen entre los «géneros menores satíricos». El epigrama romano es por tanto imitación del griego, como en general la poesía romana es trasunto de la de ese pueblo original y espiritual. El gusto de los romanos por este género de poesía, tan delicado y sutil, que frecuentemente deja en nuestros espíritus un sentimiento vivo y algunas veces profundo, fue muy grande.

En los tiempos antiguos de la literatura romana ya nos encontramos algunos cultivadores de este género. Aulo Gelio¹⁵ en sus *Noches Áticas*¹⁶, y en el capítulo titulado *Antonii Juliani in convivio ad quosdam Graecos lepidissima responsio* cita cuatro epigramas, poniéndolos en boca de Juliano. [De ellos uno pertenece a Porcio Licinio, otro a Quintus (Lutacius) Catullus, y los dos primeros a Lucius Valerius Aedituus]¹⁷.

Gelio cita primero los de éste último que dicen:

*Dicere cum conor curam tibi, Pamphila, cordis:
Quid mi abs te quaeram? Verba labris abeunt.
Per pectus miserum manat subido mihi sudor
Sic tacitus, subidus, duplo ideo pereo*¹⁸.

y que traducido dice así:

Es en vano, Pánfila, que me esfuerce
En expresarte la inquietud del alma
¿Qué he de pedirte? Lejos de mis labios
Escapan temblorosas las palabras.
El sudor corre por mi pecho herido
De un amor silencioso que le abrasa.

¹⁵ NE: Creo que cita por la edición bilingüe publicada bajo la dirección de Nisard (*Pétrone, Apulée, Aulu-Gelle*), París, Didot, 1860, p. 735.

¹⁶ *Noctium Atticarum* XIX, 9.

¹⁷ NE: Millares escribe: «De ellos dos pertenecen a Porcius Licinius, otro a Quintus (Lutacius) Catullus, y el cuarto a Lucius Valerius Aedituus.» El cuarto presentado por Aulo Gelio es el de Catulo.

Dos veces muero, que tu amor inmenso
Me hirió en lo más recóndito del alma.

Otro del mismo autor es el siguiente:

*Quid faculam praefers, Phileros, qua nil opu'nobis?
Ibimus sic, lucet pectore flamma satis.
Istam non potis est vis saeva exstinguere venti,
Aut imber caelo candidu' praecipitans?
At contra, hunc ignem Veneris, nisi si Venus ipsa,
Nulla'st quae possit vis alia opprimere.*

Traducido, dice:

¿Por qué, Fileros, conducir antorchas?
Bastante alumbra de mi pecho el fuego,
Un fuego incorruptible al que no apaga
La furia de la nieve ni del viento
Sólo Venus, la misma que encendiolo,
Apagarlo podrá, pues altanero
A todo otro poder que no sea el suyo
Con bravura y valor ha de vencerlo.

A continuación inserta los versos de Porcio Licinio:

*Custodes ovium, teneraeque propaginis agnum
Quaeritis ignem? Ite huc. Quaeritis? Ignis homo'st
Si digito attigero, incendam silvam simul omnem:
Omne pecus: flamma'st, omnia qua video.*

que he traducido del siguiente modo:

Vosotros que guardáis tiernos corderos
Y ovejas, ¿buscáis fuego por acaso?
Venid aquí, las llamas me consumen
Y lograréis el fuego en que me abraso.
Me bastara tocarlos con el dedo
Para incendiar el bosque y el rebaño,
Que en mi delirio todo lo que miro
Rápido muere de las llamas pasto.

Además de los ejemplos apuntados, y perteneciente al primer período, Prisciano nos ha conservado un epigrama de L. Pomponius, sobrenombrado Bononiensis¹⁹.

¹⁸ Este epigrama, como los siguientes, me he tomado la libertad de traducirlos en verso.

En el período que hemos convenido en llamar «Siglo de Oro» y tanto en la época de Cicerón como en la de Augusto, una verdadera legión de poetas se dedicaron con ardor al cultivo de este género, hijo de algún sentimiento pasajero, de un momento de alegría o de reflexión. En primer término citaremos al mismo Augusto, que si hemos de creer a Marcial²⁰ compuso tres epigramas contra Fulvia, esposa de Marco Antonio²¹.

Cicerón es autor de tres o cuatro epigramas, que Aulo Gelio, Macrobio y Donato, nos han conservado. Uno de ellos es el ingenioso dirigido a Caninius Rebilus, que en el año 709, fue elegido cónsul, desempeñando este cargo menos de un día:

*Vigilantem habemus consulem Caninium
In consulatu somnum non vidit suo.*²²

Otro poeta de la misma época, cultivador del epigrama, es Cornelio Galo, el mismo a quien se atribuye el pequeño poema *Ciris*, que figura en las ediciones de Virgilio.

En los escritores citados, y prescindiendo de los epigramas de Augusto, de autenticidad harto dudosa, pues bien pueden ser originales del mismo Marcial, nada encontramos de lo «dulce y punzante», de que nos habla Iriarte. El de Cicerón arriba apuntado es a lo sumo ingenioso. Alguno, como el del liberto Laurea Tullius, toma como asunto un hecho tan trivial como el descubrimiento de una fuente de agua tibia, muy eficaz para la curación de los males de la vista, en casa de su patrono Antistius Vetus.

El epigrama empieza a manifestarse en Roma con ese carácter mordaz y picante que hoy le distingue, con el poeta Cayo Licinio Calvo, hijo del historiador Licinio Macer, del que nos quedan dos composiciones, una sobre Pompeyo y otra sobre César.

Larga sería, y no entra en nuestro propósito, la enumeración de los poetas que escriben epigramas en este período. Prescindiendo del propio Mecenas, de L. Manilius y de Domitius Marsus, citaremos algunos fragmentos epigramáticos de Marco T. Varrón, que Burman ha coleccionado sacándolos ya de sus *Imágenes*, ya de las *Sátiras Menipeas*, y un epigrama muy notable, mordaz en cierto sentido, de Varrón Octacino, dirigido a Licinio, barbero y liberto de Augusto que había adquirido grandes riquezas y que poseía un magnífico monumento en la vía Salaria; traducido dice:

¹⁹ Este escritor parece ser el mismo, citado y encomiado frecuentemente por Macrobio, principalmente en el capítulo 4 del libro IX de las *Saturnales*, donde habla de su composición titulada «Las Calendas de Marco», y en el 1.º del mismo libro donde hace mención de su atelana intitulada los *Galos Trasalpinos*. El epigrama a que se refiere ha sido reproducido por Burnam en la *Antología*.

²⁰ Libro XI, epigrama 20.

²¹ No me atrevo a traducirlos, por su gran inmoralidad.

²² «Tenemos al vigilante cónsul Caninio que no vio en sueño su consulado».

«Licinio está sepultado en un túmulo de mármol, Catón en uno pequeño y Pompeyo en ninguno. ¿Creeremos que hay dioses? Las rocas rodean a Licinio, la fama eleva al famoso Catón y los títulos a Pompeyo. Creemos que hay dioses.»

También el insigne autor de la *Eneida* puede ser colocado entre los epigramatistas, si consideramos auténtico el libro que en los manuscritos lleva el nombre de *Catalecta*, lo que parece cierto dadas las opiniones de Ausonio y de Quintiliano, que lo cita expresamente.

Catulo, el gran poeta lírico, distínguese por un género de epigramas que le es propio. Aquel espíritu satírico, que no abandonó al insigne escritor en casi ninguna de sus composiciones, se manifiesta con vigor en sus epigramas dirigidos principalmente contra César, al que ataca bajo el nombre de Mamurra, y contra sus partidarios.

Bajo el reinado de Domiciano, y en la «Edad de Plata» de las letras latinas, Marcial produce sus epigramas, llenos de un espíritu maligno. Entre sus sucesores, debemos citar a Ausonio que ensayó todo género de imitaciones y después del cual se hicieron aún muchos epigramas, y sobre todo en forma de inscripciones funerarias. En el siglo VI, Luxorius compuso una colección de pequeños poemas, que forman la base de la *Anthologia latina*.

Capítulo I

Marco Valerio Marcial.- Lugar y fecha de nacimiento. Su familia. Su nombre. Su infancia.

Marcus Valerius Martialis, que en unión de los Sénecas, Lucano y Quintiliano, constituyen para nuestra patria legítimas glorias, nació en Bílbilis, según se desprende de su propia obra en la que habla con afecto y cariño de la ciudad que le vio nacer.

No se sabe hoy con certeza en qué sitio pudo estar enclavada la ciudad de Bílbilis. Era indudablemente una población española colocada en la Tarraconense y emplazada cerca de la floreciente ciudad de Segóbriga. Estrabón, que habla de ella con elogio, la menciona como una ciudad celtíbera de las más importantes. El nombre de Bílbilis ha llegado hasta nosotros en diversas formas. Ptolomeo la llama *Bilbis* y el curioso anónimo de Rávena, *Belbili*. El *Itinerario* de Antonino coloca a esta ciudad en la ruta de Emerita-Augusta (Mérida) a Caesar-Augusta (Zaragoza), y el cronista aragonés Jerónimo de Zurita, al hablar (capítulo XI, libro I *Anales*) de la fundación de Calatayud, dice que esta villa se alza «cerca de las ruinas de la antigua Bilbilis, que oy se descubre una legua más abaxo, en la misma ribera del río, sobre un monte muy agrio, que está encima de Huerneda etc...». Los comentaristas de to-

dos los tiempos han buscado con empeño noticias acerca de la antigua BÍlbilis y han creído que esta villa no es otra que una pequeña aldea del país de Calatayud, llamada Bánbola o Bámbola, lo cual no parece exacto, pues esta aldea está situada en el llano, al paso que BÍlbilis se hallaba emplazada en lo alto de un «monte muy agrio», al decir de Zurita. Confirma el testimonio del cronista de Aragón el mismo Marcial, cuando dice, en el Epigrama 50 del libro I, dirigiéndose a Liciniano: *Videbis altam Bilbilim*: «Verás la elevada BÍlbilis», y más adelante (Libro X, epigrama 103, que lleva por título *Ad municipes Bilbilitanos*: «A sus conciudadanos los Bilbilitanos»), al repetir: *Municipes, Augusta mihi quos Bilbilis acrimonte creat*: «¡Oh mis conciudadanos nacidos en la montaña escarpada de BÍlbilis». Sidonio Apolinar llama a BÍlbilis *alta* y San Paulino *acutis pendes scopulis*. Según el mismo Marcial (CIII. Libro X), la ciudad de BÍlbilis se hallaba rodeada por el río Salo²³. En la época a que nos referimos, BÍlbilis era una ciudad muy importante por la fabricación de armas que adquirirían un excelente temple, gracias a las aguas del fértil Jalón. A este propósito, el mismo Marcial (L, Libro I) llama a BÍlbilis «ciudad noble por sus armas y sus aguas» (*Aquis et armis nobilem*)²⁴. No lejos de la ciudad estaban situados los baños conocidos con el nombre de *Aquae Bilbilitanae*. Créese que esta villa fue elegida bajo el Imperio en Municipio, tomando entonces el nombre de Augusta, que Marcial le da en varios de sus epigramas. También se sabe que BÍlbilis tuvo el privilegio de acuñar moneda, alguna de las cuales se ha encontrado, llevando las inscripciones *Bilbili*, *Bilbilis* o *Municipium Augusta Bilbilis*. Como vemos consérvanse de lo que fue la patria de nuestro poeta, algunas curiosas noticias, consignadas en los libros de escritores antiguos, pero nada hay de cierto acerca del lugar en que estuvo enclavada. Siguiendo la opinión de Zurita, bien pueden ser de la antigua ciudad aragonesa, las ruinas existentes a dos mil pasos de Calatayud²⁵, donde aún se ven vestigios de viejas paredes consumidas por el tiempo y que alguien ha reputado ser las ruinas de la propia casa de Marcial²⁶.

¿En qué fecha nació Marcial? Nada sabemos de [esta] cuestión. Recurriendo a su misma obra, que es la principal fuente para la redacción de su biografía, sólo encontramos un dato pero vago e impreciso. Es el consignado en el Epigrama XXIV del libro X, titulado *Ad Kalendas Martias*. En él dice: *Na-*

²³ *Rapidis quem Salo cingit aquis*: «A la cual rodean las rápidas aguas del Salo».

²⁴ Plinio, en el libro XXXIX de *Naturalis Historia*, hablando de que las condiciones del hierro son distintas, según sea la calidad del agua en que se le sumerja cuando está incandescente, dice: *Haec alibi atque alibi utilior nobilitavit loca gloria ferri, sicut Bilbilim in Hispania etc.*

El mismo Jerónimo de Zurita, antes citado, dice a este propósito que BÍlbilis «fue muy famosa por ser en su ribera la mayor oficina de las armas que se sabe avía en España» (capítulo XI, libro I, *Anales*).

²⁵ *Duorum millium passuum intervallo a Calatayud* (Nicolás Antonio).

²⁶ Constanzo, página 438, *Manual de Literatura Latina*.

tales mihi Martiae Kalendae, con lo que sólo indica que nació en las Kalendas de Marzo. Teuffel, el doctísimo profesor de Tubinga, cree, y con razón, que si este trozo pertenece realmente a la segunda edición del libro 10, hecha en el año 98 (o comienzos del 99), lo que parece cierto, el cálculo acerca de la época de la vida de Marcial no sería exacto. La crítica moderna, que no se ha puesto de acuerdo sobre este punto, cree que hacia el año 40 ó 43 de nuestra era, a principios del reinado de Claudio, debió de nacer nuestro poeta, como puede conjeturarse muy bien, conociendo alguna de las circunstancias de su vida.

El nombre de Marcial aparece en todos los manuscritos precedido de los prenombres *Marcus* y *Valerius*. No se sabe si los tomó por capricho o los recibió de sus padres. Tan sólo se ha averiguado que los llevó únicamente en Roma, donde ejerció los derechos de ciudadanía, no por concesión, sino por su nacimiento; pues si hubiera sido hecho ciudadano, nombraría seguramente en sus versos al patrono que le concedió tan alta merced²⁷, y sin embargo, no lo hace. Esta circunstancia pudo ser la causa de que él mismo llevado del deseo de tener como todos los romanos un prenombre, un nombre y un sobrenombre, adoptase el de Marcial, porque había nacido en Marzo, y el de Valerio quizás por ser el de su protector o el de Valerio Flacco su amigo o tal vez en memoria de Catulo, al que se propuso por modelo y cuyo nombre era asimismo Valerio.

Otra cuestión curiosa se ha suscitado relativa a su nombre y es la siguiente: Elio Lampridio, uno de los autores latinos de la *Historia Augusta*, que floreció próximamente hacia el año 300 de nuestra era, escribió en la vida del emperador Alejandro Severo lo siguiente: *Martialis coci, etc.* Apoyándose en este pasaje, algunos biógrafos y comentaristas suelen añadir al nombre de Marcial el de *Coquus*, que significa «cocinero», explicando tan extraño sobrenombre por los versos de Marcial sobre las comidas y platos usados por los romanos²⁸. Otros sostienen que había sido cocinero antes que poeta, y otros, finalmente, opinan que lleva este nombre porque lo heredó ya de su familia, ya de su padre a título de alcuño. Sin embargo, algunos creen, y a mi juicio con harta razón, que bien pudo escribir Lampridio *quoque* en lugar de *Coqui* o *coci*. En efecto: el antes mencionado pasaje de Lampridio es la curiosa noticia que éste nos da de la gran afición y gusto que por la liebre tenía Alejandro Severo. A continuación dice: *Et quoniam de lepusculis facta est mentio, quod ille leporem quotidie haberet, jocus poeticus emersit, idcirco quod multi septem diebus pulchros esse dicunt eos qui leporem comederint, ut Martialis coci epigramma significat, quod contra quandam Gelliam scripsit hujusmodi,*

²⁷ Tan grande era esta merced que S. Pablo, para evitar que se le redujera a prisión, invocaba su cualidad de ciudadano romano diciendo: *iCivis Romanus sum!*

²⁸ *Eo quod frequenter de re agit culinaria, praecipueque lib. 13 cui Xenia inditum nomen* (Nicolás Antonio, *Bibliothecae Veteris Hispanae*, libro 1, capítulo XIII).

*Quum leporem mittis, semper mihi Gellia mandas
Septem formosus Marce diebus eris.
Si verum dicis, si verum Gellia mandas
Edisti nunquam Gellia tu leporem.*²⁹

Como se deduce claramente del pasaje anotado, Lampridio trata de explicar la rara costumbre de llamar «hermoso» al que comía liebre por espacio de «siete días consecutivos», y para hacerlo cita en su apoyo los versos del epigrama 29 del libro V de Marcial, comentándolos con las frases arriba apuntadas, que restauradas bien pueden decir así: *Idcirco quod multi septem diebus pulchros esse dicunt eos qui leporem comederint ut Martialis quoque epigramma significat: «quum leporem mittis...»* Esto es: «A causa de que muchos dicen ser pulcros aquellos que comen liebre por espacio de siete días, como lo significa también el epigrama de Marcial: «Cuando me envíes una liebre, etc.»³⁰

Nada, dice un escritor moderno, es más latín que *quoque* en este lugar³¹, por lo que creo que el *Coqui* que ha dado lugar a tantas discusiones (Nicolás Antonio 275 *loco citato*) es un error, cometido probablemente por algún torpe copista.

Por desgracia, nada sabemos de su familia ni de su infancia. De sus mismos epigramas se desprende que ésta no debió ser, como la de su rival Estacio, placentera y alegre. De sus padres, tan sólo dice «que fueron bastante tontos por haberle enseñado las letras»:

At me litterulas stulti docuere parentes (libro 9, epigrama 74).

Sin embargo, creo haber leído en Teuffel, y en Amador de los Ríos, ambos insignes críticos e investigadores, que su padre se llamaba *Frontón* y su madre *Flaccilla*. Según el testimonio de nuestro Nicolás Antonio³², débese este error al comentarista Domitun Calderinus, que interpretó torcidamente el epigrama 34 del libro V, titulado *Epitaphium Erotii ad Frontonem Parentem*, en el que dice: *Hanc tibi, Fronto pater, genitrix Flaccilla puellam, oscula commendo deliciosasque meas*, o sea: «Yo, Flaccila, madre de la joven Erotión,

²⁹ «Ya que hemos hablado de su gusto por la liebre y de su costumbre de comerla diariamente, citaremos una humorada en verso, fundada en que muchos atribuyen a la carne de este animal la virtud de embellecer por siete días a los que la comen, como dice Marcial en un epigrama escrito contra una llamada Gelia: 'Cuando me envíes una liebre, Gelia, siempre me dices: 'Querido Marco, serás hermoso durante siete días'. Si esto es cierto, Gelia, tú no has comido nunca liebre'».

³⁰ La cita de Lampridio no es textual. El verdadero epigrama comienza: *Si quando leporem mittis mihi, Gellia, dicis, / Formosus septem, Marce, diebus eris.*

³¹ Mr. Lemaire ha suprimido *coci*, que algunos escritores han reemplazado por *etiam*.

³² 276: *Natus in Calendis Martiis (non quidem ex Frontone et Flaccilla parentibus, ne cum Domitio Calderino erremus).*

recomiendo a Frontón su padre esta niña mi alegría y mis delicias, etc...» No hay razón alguna para creer que Marcial habla de sus propios padres, pues como dice Antonio *haec nomina sunt parentum Erotii puellae, quam deflet mortuam*. Esta Erotión debió ser alguna esclava predilecta de la que Marcial habla en algún otro sitio³³.

Capítulo II

Marcial se traslada a Roma. Marcial durante el reinado de Nerón. El poeta y Domiciano. Los amigos de Marcial.

Corría el año 59 de nuestra era o sea el sexto del reinado del cruel Nerón. Marcial, que según el testimonio del padre Mariana, contaba entonces veintiún años, había comenzado en su patria los estudios de jurisprudencia y sólo le faltaban dos años para terminar esta carrera. Sus padres, deseosos de que lo hiciera le enviaron a Roma, a las escuelas de los grandes jurisconsultos, que eran honra del foro romano en esta época.

Pero sus gustos y aficiones llevaban a Marcial por muy distinto camino. Al igual de Ovidio, sentía aquel extraordinario amor a las letras y a las musas, que dio al fin sus resultados haciéndole abandonar sus estudios y consagrarse por completo al cultivo de la poesía.

Sin embargo, hasta el reinado del emperador Domiciano, nada sabemos de su vida. El misterio más impenetrable rodea la biografía del poeta bajo los reinados de Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano. Tan sólo algunos de sus epigramas hacen alusiones al reinado del emperador Nerón. Tales son el 34 del libro 7 y el 21 del mismo libro. En el primero dice: *Dicam, sed cito: quid Nerone pejus? Quid thermis melius Neronianis?* Y es como se ve un elogio de las famosas Termas mandadas a construir por Nerón, asunto sin importancia, que quizá nos revele un detalle íntimo de la vida del poeta, su afición a los baños, tan frecuente entonces. El otro, tiene por objeto censurar a Nerón la muerte del gran Lucano, su compatriota. Al solo anuncio de tal argumento, creeríamos ver al poeta alzarse indignado contra la tiranía de un emperador, que hizo enmudecer para siempre la Musa fecunda del autor de la *Farsalia*. Y sin embargo no lo hace. ¿Por qué causa? ¿Por qué motivo, viviendo en tiempos de Domiciano, y pudiendo censurar con entera libertad al cruel Nerón, no lo hace? La explicación es fácil. Trasladémonos por un momento a aquella corte. Los emperadores, o extremadamente crueles o muy bondadosos y débiles, se sucedían en el trono con una rapidez increíble. Aquellos monarcas que, apoyándose en la inconstante e incivilizada guardia pretoriana, lograban escalar el trono, no podían vivir tranquilos. Miraban con recelo

³³ 61-libro X. *Epitaphium Erotii*, uno de los más bellos.

a los mismos que le habían elevado y temían, ya a los generales de más prestigio, ya a los hombres ricos y ambiciosos, siempre dispuestos a ofrecer a los pretorianos una cantidad mayor. Las intrigas y las rivalidades se refugiaban en el interior de palacio y el Imperio, decaído y desmoralizado, marchaba con rapidez a su ruina.

Para el pueblo, satisfecho con las fiestas y regocijos, nada significaban estas luchas. Los poetas, relegados a segundo término, tenían que postrarse ante el emperador de hoy como ante el de mañana. Esto, sin duda, ocurrió a nuestro poeta, y nos explica que al censurar a Nerón la muerte de Lucano, no clamase en términos airados contra el asesino de su ilustre compatriota, tomando de aquí un pretexto para alabar a Domiciano, pues sabía bien que «la censura de un perverso príncipe muerto, no es un elogio de un malvado príncipe vivo». Como dice muy bien Nisard³⁴, «Nerón, para aquella gran masa de indiferentes, era después de muerto un emperador como otro cualquiera, un personaje cronológico colocado entre Claudio y Galba, una estatua cuyos restos iban a juntarse con los de otras muchas».

Marcial, como dijimos, vino a Roma a la edad de veintiún años y en ella permaneció ese periodo de vida que está caracterizado por el vigor físico y la energía intelectual. El poeta debió seguramente comprender que los estrechos límites de su patria no eran los adecuados a su actividad, y su fantasía, creándole un mundo nuevo, tal vez le pintaría la corte como un lugar delicioso, donde con su talento conquistaría fama y honores. Por eso se traslada a Roma, y permanece allí 35 años obligado por el mismo medio ambiente moral en que su vida transcurría a adular servilmente a un tirano, al que quizás allá en lo íntimo de su conciencia odiara. Sus mismos epigramas nos revelan sus modestas aspiraciones, su deseo vehemente de no vivir mezclado con la corte, de retirarse a algún pequeño campo donde gozar serenamente de la escasa felicidad de la vida. Marcial no pide riquezas, aspira sólo al favor de ser leído por Domiciano, el que era admirado de todo el imperio³⁵. Y esto cree conseguirlo dirigiendo al ignorante César, las mayores adulaciones, llegando a convertirse, según Nisard, nada sospechoso en esta materia, «en un mendigo, que con poco pudor y mucho talento, se dirige al bolsillo de los patricios, variando hasta lo infinito la forma de las súplicas e imponiendo la generosidad y sus necesidades son tan urgentes, es tanta su pobreza, que el desdoro es para el que rehúsa, mas no para el que pide, digno de mejor suerte».

Domiciano, entre tanto, permanece sordo a las alabanzas de nuestro vate, y éste consigue precisamente un resultado contrario al que se proponía. Él, como dijimos, sólo busca el modo de vivir tranquilo, y el emperador con una gratitud llena de ironía, le premia concediéndole honores, que no producían

³⁴ *Études de moeurs et de critique sur les poètes latins de la decadence.*

³⁵ *Ore legor multo notumque per oppida nomen, non exspectato dat mihi fama rogo* (XCV In *Maevolum*, lib[ro] III).

al desdichado poeta el más miserable *as*. El primero de estos honores fue el de padre con tres hijos³⁶, luego tribuno, y finalmente caballero romano.

La primera de estas mercedes sólo podía ser concedida por el emperador, y de ella nos da cuenta el poeta en el libro 2, epigrama 92, donde dice:

*Natorum mihi ius trium roganti,
Musarum pretium dedit mearum
Solutus qui poterat. Valebis uxor:
Non debet domini perire munus.*³⁷

Este derecho llevaba consigo algunos privilegios, tales como el tener un sitio reservado en el teatro y en los juegos públicos y el obtener para sus hijos dispensa de edad en la demanda de los empleos.

Marcial, como dijimos, fue también nombrado tribuno, según su propio testimonio (*vidit me Roma tribunum*. Epigrama 95, libro III). Éste era un cargo honorífico que los príncipes conferían aún a aquellos que nunca habían visto el campo, y traía consigo los mismos privilegios que el verdadero tribunado militar, una de las más altas dignidades del ejército. Tribuno honorario, nuestro poeta fue bien pronto nombrado caballero, como él mismo nos lo dice en el epigrama 13, liber V, cuando dirigiéndose a Calistrato, asegura que es pobre, pero no obscuro, ni *caballero* de mala fama (*nec male notus eques*). En virtud de este título estaba exento del pago del censo ecuestre, y tenía sitio en las gradas donde ciertos guardias detenían implacablemente a todos los que se introducían en ellas, sin tener derecho.

Todos estos honores hacían ocupar a Marcial entre sus contemporáneos, una posición falsa y violenta. Tenía por necesidad que aparentar una fastuosidad y una riqueza, que estaba bien lejos de poseer. Por eso se burla de su pobreza, quizás para no revelar que sufre demasiado, y aparenta pedir con poca seriedad para no ser muy humillado con las negativas. La sonrisa, en una palabra que en sus escritos se trasluce, es la sonrisa del dolor.

Había, sin embargo, recibido una modesta casa, en el año 83, situada en Nomentum, en el país de la Sabinia y una pequeña casa en Roma³⁸.

Sus protectores y amigos fueron numerosos. Entre ellos se cuenta, en primer lugar, al célebre *Antonius Primus*, jefe del partido flavio, y a quien Vespasiano debió el imperio. Dícese que Marcial tenía en su casa un retrato de este hombre ilustre coronado de rosas y violetas. El poeta, en su bellísimo epigrama³⁹ así lo declara.

³⁶ *Ornatus iure trium liberorum, equitis Romani, ac Tribunicio munere* (Nicolás Antonio, *Bibliothecae veteris Hispanae*, pág. 82).

³⁷ «Sólo el que podía me ha concedido el derecho de tres hijos como premio de mis versos. ¡Adiós, esposa mía! La buena acción del señor no debe perecer.»

³⁸ Ver los epigramas 38 del libro II y 55 del I, en que así lo declara.

³⁹ 32-X.

Las notabilidades literarias de la época, como Quintiliano, Juvenal, Valerio Flacco, Silio Itálico, etc., se hallan mencionadas en sus poesías, excepto Tácito y Estacio, de quienes no habla jamás. Intentaremos explicar esta particularidad en el siguiente capítulo.

Capítulo III

Rivalidad de Estacio y de Marcial.—El poeta después de la muerte de Domiciano— Marcial y Plinio el Joven— Su regreso a BÍlbilis.

Llama profundamente la atención que Estacio y Marcial, aunque contemporáneos, no se nombren jamás en sus composiciones y parezca ignorar el uno la existencia del otro. Es esto aún más extraño, si consideramos que ambos poetas eran, poco más o menos, de la misma edad, que coinciden frecuentemente en la elección de asuntos para sus composiciones y que escriben al mismo tiempo y en los mismos círculos. Este silencio se explica, sin embargo, por el contraste profundo de sus naturalezas y por la competencia que se hacían. Ambos, en efecto, eran poetas de gran fama. Estacio, como improvisador que era, le bastaba de una mañana para hacer un panegírico en regla. Marcial, que siguiendo el precepto de Horacio, limaba y pulía sus composiciones, cual Virgilio sus *Geórgicas*, viéndose aventajado, debió concebir, seguramente, contra Estacio uno de esos despechos de autor que tan fácilmente se cambian en enemistad.

Ambos poetas han tratado frecuentemente los mismos asuntos, en diverso número de composiciones. Marcial dedica seis epigramas a cantar ya la hermosura de Larinus, ya la de su cabellera. Estacio dedica a este asunto una sola de sus composiciones. El primero trata la materia por medio de pueriles alegorías que hoy nos resultan hasta ridículas. Estacio, por el contrario, que hacía versos por cientos sobre un árbol, sobre los rebaños, sobre las lágrimas de un amigo, etc., era muy capaz de hacer, sobre la cabellera de un esclavo, una verdadera epopeya. La composición de Estacio, aunque desprovista de espíritu y de sentimiento, está llena de gracia, y tiene grandes bellezas de estilo.—El 2.º asunto en que coinciden ambos poetas es el elogio de una pequeña estatua de Hércules, en bronce, perteneciente a Nonius Vindex, rico caballero romano, que tenía gran afición a las letras y a las artes, y que hubiera sido seguramente el Mecenas de las mismas, si Domiciano hubiera querido ser el Augusto. Marcial dedica a este asunto dos epigramas, y Estacio, tan sólo una composición, superior también, pues presenta el asunto con más amplitud, comenzando por describir una cena en casa de Vindex, en la que los comensales hablan de arte y de literatura. Incidentalmente, la conversación recae sobre la famosa estatua, cuya descripción hace inmediatamente el poeta, de mano maestra.

El análisis de estas dos composiciones arroja gran luz sobre este asunto. La superioridad indudable de Estacio debió ser explotada por esa clase de amigos que hallan placer en enemistar a hombres nacidos para estimarse y amarse.

Después de la muerte del bárbaro Domiciano, asesinado en el año 96, y de la de su protector Parthenius⁴⁰, Marcial se encontró por completo aislado en la gran metrópoli.

No era el emperador Nerva, como Domiciano lo había sido, uno de aquellos emperadores a los que agradan las alabanzas de sus súbditos. Monarca justo y bueno, siempre observador de su deber, prefería seguramente las alabanzas de su propio corazón y la tranquilidad de su conciencia, a las frases de elogio de un poeta que no había dudado en alabar tan servilmente a su bárbaro antecesor.

Carácter parecido al de Nerva era el de su sucesor Trajano. Bajo el reinado de ambos, todos los hombres que habían adquirido alguna celebridad durante el reinado del sabio Vespasiano y que se retiraron de la vida pública, bajo el despotismo de Domiciano, reaparecieron durante el gobierno pacífico de Nerva y de Trajano. Por el contrario, aquéllos que se habían humillado ante el trono, por completo desprestigiados, tenían que huir, lejos de la paz y del reposo que se empezaba a disfrutar en Roma.

Así debió comprenderlo nuestro poeta y, cansado de la vida de Roma⁴¹, cargado de años, y poco grato al emperador⁴², debió pensar en el regreso a su patria⁴³. Sus epigramas, reflejos fieles de sus deseos antes, y de sus amarguras ahora, nos revelan el pensamiento del poeta. En el XX del libro X, dirigido *Ad Marium*, manifiesta sus deseos de visitar «las casas de su patria, de techos inclinados, y las campiñas celtíferas, sembradas de minas de oro.» En el 96 del mismo libro, dirigido a Avito, se vanagloria de haber nacido «en las rústicas campiñas, y en una cabaña provista de todo lo que es necesario para la vida». El 103 del mismo libro, que ya hemos citado con otro motivo, es a manera de una reconciliación con sus paisanos a los que tenía por entero olvidados.

Este pensamiento llegó a convertírsele en una verdadera necesidad. Los epigramas citados nos revelan que la visión de su patria, el recuerdo tal vez de su infancia, para nosotros desconocida, le perseguía sin cesar. Y esta necesidad fácilmente se comprende, si tenemos en cuenta que los aragoneses llevan, innato y arraigado como nadie, el cariño a la tierra que les vio nacer, y que Marcial, después de 34⁴⁴ años de vida en el escándalo y la corrupción

⁴⁰ Parthenius era chambelán del emperador Domiciano, que le había concedido el derecho de llevar la espada, que más tarde había de volver contra el mismo príncipe, del que fue uno de los asesinos.

⁴¹ *curiae pertaesus* (Nicolás Antonio.- *Bibliotheca [Hispana] Vetus.*- I-63).

⁴² *parum Traiano gratus.* (El mismo loco citado).

⁴³ *cogitavit in patriam reditum:* (El mismo - loco citado).

⁴⁴ Nisard dice que permaneció 30 años. D. Nicolás Antonio afirma que 34: *cogitavit in patriam reditum et executus est quattuor iam et triginta annorum urbis incola* (Loco citado).

de la corte de Domiciano, tuvo necesariamente que sentir la nostalgia de la tierra donde había nacido, donde acaso vivían sus padres y donde pudiera transcurrir felizmente el resto de su vida.

Pero Marcial, que había llegado pobre a Roma, y ya en ella despreció los cargos de abogado y arquitecto, para seguir libremente las inclinaciones de su espíritu, se encontraba, cuando el deseo del regreso le asaltó, tan pobre y miserable como vino, e incapaz de costearse el viaje. De esta desesperada situación vino a sacarle su amigo Plinio el Joven, uno de los hombres más ilustres de la época, que le facilitó el dinero necesario para la realización de dicho viaje. El dulce escritor lo declara en una epístola (la última del libro III, donde dice dirigiéndose a su amigo Prisco: «Digo que Marcial ha muerto, y tengo por ello una profunda pena. Era un espíritu agradable, delicado, picante y que sabía perfectamente mezclar la sal y la amargura sin causar menoscabo a la probidad. A su salida de Roma, le presté ayuda para hacer su viaje. Yo le debía este auxilio por nuestra amistad y por los versos que me ha dedicado»⁴⁵. Inserta luego los versos que son los del epigrama 19 del libro X, en los que el poeta dirigiéndose a su musa le dice que vaya a Esquilio, donde Plinio vive y trate con respeto a aquél «a quien el porvenir compararía con el oráculo de Delfos.»

Con esta ayuda pecuniaria, Marcial salió de Roma a los cincuenta y siete años de edad⁴⁶, abandonando la gran ciudad con el corazón destrozado por los remordimientos que le causaba el haber perdido lastimosamente los más felices años de su vida y con la sola esperanza de una vejez dichosa.

Capítulo IV

El poeta regresa a su patria. Sus trabajos literarios. Sus últimos años. Su Muerte.

Marcial se equivocó completamente, creyendo encontrar en BÍlbilis el ansiado reposo. El poeta no había contado con su fantasía y con el mundo de recuerdos que tenía por fuerza que surgir en su mente, tan pronto como se apartara del ruido de la metrópoli donde había pasado su juventud. Mejor que nadie, expresa la melancolía de su vida en BÍlbilis, la epístola que precede al libro 12, en la que se dirige a Prisco, español que procedente de Roma, pasaba algunos días al lado del poeta. Marcial vive, por completo, de recuerdos, y si su cuerpo está en BÍlbilis, su alma está por entero en Roma, su espíritu vaga por los teatros, por las termas, por las bibliotecas a que era tan aficionado y que en su pueblo no poseía. El medio ambiente que tanto influye en el desarrollo

⁴⁵ *Audio Valerium Martialem decessisse, et moleste fero. Erat homo ingeniosus, acutus, acer, et qui plurimum in scribendo et salis haberet et fellis, nec candoris minus. Prosecutus eram viatico secedentem, etc.*

⁴⁶ ... *incola cum fere ageret aetatis septimum et quinquagesimum* (Nicolás Antonio - I-63).

de las facultades de un poeta, era para él mezquino y estrecho. Las personas con quienes podía relacionarse eran por sus condiciones de cultura y educación muy inferiores a nuestro poeta. Mientras que sus versos eran en Roma acogidos con aplauso y celebrados en todo el imperio, en BÍlbilis, por el contrario, eran mal acogidos, cuando no excitaban contra él las iras y la maledicencia. Todas estas causas influyeron, según el testimonio del mismo poeta, para que permaneciera por completo ocioso, a raíz de su llegada a BÍlbilis. Pero de pronto abandona su ociosidad, para volver de nuevo a la vida literaria. ¿Qué acontecimiento notable ha ocurrido en la vida del poeta? ¿No sería su matrimonio con Marcela, su compatriota, el que le condujo, cuando se hubo creado un hogar, cuyas felicidades y delicias nunca había gustado, a escribir las mejores, quizás, de sus composiciones literarias? Yo creo que sí, y aprovecho al mismo tiempo la ocasión para tratar de una cuestión también debatida: el número de veces que Marcial contrajo matrimonio.

Los epigramas 91 y 92 del libro II, dirigido el uno a Domiciano y el otro a su mujer, prueban que nuestro poeta era casado, porque el derecho de que se trata no se concedía a los célibes; pero nada nos dice acerca de su mujer, sino que no tenía de ella ningún hijo. Ahora bien; ¿Marcial fue casado tres veces o una sola? En su colección hay tres mujeres que llevan el título de *uxor*: la del epigrama 92 del libro II a la que comunica el privilegio que César le ha dado; otra que le inspira horribles impurezas (XI-43) y una tercera, Marcela, encantadora española, de la que hace grandes elogios (XII- 21 y 31) y con la que parece casó a su regreso a BÍlbilis. Alaba la casa de Marcela, sus jardines, sus estanques donde nadan peces domesticados, su bosque de palmeras, su fuente, su palomar, «pequeños reinos, dice, que debo a Marcela». Es una cuestión difícil de resolver, porque no se encuentra en la colección de nuestro poeta, ninguna noticia sobre su matrimonio o sus matrimonios. Tan discreto se muestra en este asunto, como en lo que se refiere a sus primeros años: quizás tuviera para ello poderosas razones. Pero hay todavía un punto que aumenta las dudas de los biógrafos sobre este extremo de la vida de Marcial, y es que su colección contiene cinco epigramas, que le presentan como soltero⁴⁷. Estos epigramas son seguramente meras ficciones poéticas. Los poetas, en efecto, son amigos de las ficciones y para no perder una bonita palabra, o una idea que le agrada, se colocan frecuentemente en una posición imaginaria. Por lo demás, se podría explicar las intermitencias del celibato y matrimonio con que las diversas composiciones citadas nos presentan a Marcial, admitiendo que sus uniones matrimoniales fueran de poca duración y que en los intervalos de libertad, escribió esas composiciones, en las que habla cual si fuera un hombre desprovisto de todo lazo de este género.

Al abandonar la inactividad en que su vida transcurría, produjo nuestro poeta el libro XII de sus *Epigramas*, para leerlo a su amigo Prisco, que había

⁴⁷ II, 49; VIII, 12; XI, 19 y 23.

venido de Roma, y proporcionarse de este modo la satisfacción de apreciar de nuevo el efecto de sus versos en oídos áticos. Este duodécimo libro es uno de los más hermosos de la colección. En él se revela toda la ingenuidad de que era capaz el corazón de nuestro poeta, libro lleno de dulzura y de melancolía, sin ser triste.

En el aislamiento de nueva residencia, su propia vida debió proporcionarle fecunda enseñanza. Él, que de niño salió de BÍlbilis, esperando hallar en la metrópoli gloria y fortuna, se había visto precisado a renunciar, a huir presuroso antes de que la vorágine de la vida romana le absorbiera por completo. Todos sus recuerdos, todas las contrariedades y disgustos que la maledicencia y oposición de sus paisanos le acarrearón, aceleraron seguramente su muerte.

Acerca de la fecha en que ésta ocurrió no se tiene certeza. En algunos sitios se dice que ocurrió hacia el año 104, pero no es exacto. Don Tomás Tamayo de Vargas, en sus *Novedades antiguas*, dice que Marcial había alcanzado los días de Adriano, que como es sabido nació en el año 96, *comenzó a reinar en el 117* y murió en 138. Don Nicolás Antonio rechaza esta opinión, fundándose en que el epigrama 47 del liber 12 que dice

*Difficilis, facilis iucundus, acerbus est idem
Nec tecum possum vivere ne sine te*

que cita Tamayo, fue dirigido por Marcial a Prisco después de trece años de editado el libro once o anterior. Según Teuffel, la muerte de M. Valerio Marcial (bajo el pretendido cognomen de Longus), tuvo lugar lo más tarde en el año 102 y tal vez ya en 101 de nuestra era; por lo menos en sus obras no se encuentra ninguna alusión a este dato. Sin embargo, en opinión de Stoble, la carta de Plinio ya mencionada, que anuncia su muerte, parece ser del año 102.

No sabemos qué causa pudo poner fin a la vida de nuestro poeta, ni las circunstancias de la misma. Si damos crédito al verosímil cálculo de Teuffel, Marcial sólo vivió unos 59 ó 60 años y no pudo, por tanto, ver realizado su deseo de vivir 75 años, como pedía a Júpiter.

Capítulo V

La obra de Marcial. Situación cronológica de los libros que la componen. Códices que de la misma se conservan. Traducciones que de ella se han hecho. Trabajos especiales.

La colección epigramática de que nos ocupamos, repartida en doce libros, se halla precedida de uno no muy numeroso⁴⁸, intitulado *Liber spectaculorum*,

⁴⁸ Así he podido verlo en las ediciones que he tenido a mano, que son las de Mr. Nisard y Biblioteca Clásica. Teuffel apunta sólo 33.

seu de Spectaculis, y que en los manuscritos lleva solamente el título de *Epigrammaton liber*. Las ligeras composiciones de este libro versan sobre los espectáculos o juegos públicos, dados en Roma por Tito, Domiciano y quizás por otros emperadores. La variedad de asuntos es muy grande y es de los más morales que de su pluma salieron. El título que lleva no parece, según opinión de los doctos, puesto por Marcial. Quizás sea obra de los comentadores⁴⁹, que lo tuvo en gran número y que lo tomaron del mismo asunto de sus composiciones. Muchas de las materias que en este pequeño libro trata Marcial, se hallan en muchos de los epigramas de los doce libros restantes, aunque escritos en éstos con más inspiración. Esto, unido a que a veces se insertan tres o cuatro seguidos que tienen el mismo asunto⁵⁰, y que parecen emular en mérito, ha hecho que no todos los eruditos estén de acuerdo al atribuir el libro de los Espectáculos a Marcial, y alguno haya creído⁵¹ que éste es sólo el colector que reunió aquellas composiciones, añadiendo quizás alguna suya, a manera de las *Priapeas*⁵² injustamente atribuidas a Virgilio. Siendo así (lo cual nada impide creerlo), no es de extrañar que nadie haya seguido el ejemplo de Mr. Farnabe, que ha puesto al final de las obras de nuestro poeta el libro de los *Espectáculos* y haya prevalecido el uso de colocarle al frente de la colección. Este libro data de los primeros años del reinado de Domiciano.

A continuación, vienen en las colecciones los catorce libros de epigramas. El primero consta de 119 composiciones de variada extensión y escritas en versos elegiacos en su mayoría. Comienza con una epístola dirigida al lector, en la que se vanagloria de la corrección y honestidad que siempre ha observado en sus versos y disculpa la crudeza de algunas de sus composiciones, diciendo que antes que él han escrito del mismo modo Catulo, Marso, Pedo, Getuquilo (*Sic scribit Catullus, sic Marsus, sic Pedus, sic Getuquillus, sic quicumque perlegitur*). En este libro, sin embargo se hallan algunas composiciones tan obscenas como la 35 (*Ad Lesbiam*), 78 (*Ad Carilum*), 91 (*Ad Bassum tribadem*), etc. Este libro, como el anterior, debió también ser publicado bajo el reinado de Domiciano desde el 82 al 87. Sin embargo continúanse en este libro algunas piezas más antiguas de la época de Vespasiano y de Tito, a los que ya Marcial había presentado algunas poesías.

⁴⁹ El Lipontino, Escalígero, Ángelo Policiano, que hace a Marcial superior a Catulo, etc., etc.

⁵⁰ 14, 15 y 16: «De una fiera jabalí que parió por la herida».

⁵¹ Nicolás Antonio.

⁵² *La Priapeia seu in Priapum lusus* es una colección de epigramas cuyo número asciende a 88. Son pequeñas composiciones en que se celebra a Priapo, guardián de los jardines contra los ladrones; en ellas hay muchas que pertenecen a poetas del siglo de oro como Catulo, Tibulo, Ovidio, y otros de la decadencia como Marcial, Petronio, etc. Se cree que muchas de ellas adornaban las murallas de un pequeño templo de Priapo, y que andando el tiempo un aficionado las reunió, precediéndolas de un breve comentario (Constanzo, 201).

El libro 2.^o contiene sólo 93 composiciones y debe ser de la misma época que el anterior. Está igualmente precedido de una epístola que dirige a Deciano⁵³.

El libro III, no contiene ninguna epístola, como no consideremos tal, aunque en verso, el epigrama I, titulado *Ad lectorem de libro Gallicano*. Es de notar, que no contiene alusión alguna, ni al Emperador, ni a acontecimiento alguno de la época, y que fue escrito en el *Forum Cornelii*, sobre la vía Emilianiana, según declara Marcial en el epigrama 4 del mismo libro, titulado *Ad librum suum (Si, quibus in terris, qua simus in urbe rogabit - Corneli referas me licet esse foro)*; fue compuesto después que el libro II y antes que el IV (sin duda todavía en el 87). Consta de 100 epigramas, entre los que hay algunos tan obscenos, como los 32, 71, 75, 81 y 88.

El libro IV fue escrito en los años 88 y 89, y lo empieza directamente con una composición «Acercas del natalicio de Domiciano». Consta de 91 epigramas, y es mucho menos inmoral que los anteriores, pues sólo contiene tres o cuatro que puedan calificarse de tales.

El libro V, que fue escrito en el año 90, consta de 84 composiciones. El VI pertenece, según todas las posibilidades, a fines del año 90 y primera mitad del 91. Consta de 94 composiciones. El VII y el VIII corresponden a los años 92 y 93. El primero encierra 102 composiciones y el segundo, que se halla precedido de una epístola dirigida a Domiciano (*Imperatori Domiciano Caesari Augusto, Germanico, Dacico, Valerius Martialis salutem*), tiene sólo 82.

El libro 9, que tiene una epístola dirigida a Turanio y colocada después del epigrama I, la primera redacción del X y el XI, corresponden a los años 94, 95 y 96. El libro XI contiene 108 composiciones y, a juzgar por el carácter de las mismas, fue compuesto bajo el reinado de Domiciano, pero no publicado hasta el de Nerva, en diciembre del 96. El resto era un extracto depurado de los libros 10 y 11, que fue presentado al emperador después de la mitad del año 97, según declara en el epigrama 5 del libro XII, en el que dice, dirigiéndose al César: «Mi décimo y undécimo libros eran demasiado extensos y los he abreviado con algunos cortes, etc.» Viene enseguida la 2.^a edición corregida del X, que es la que poseemos publicada poco antes de su viaje a BÍlbilis. Finalmente en España, después de tres años de inacción (*contumacissima triennii desidia*), apareció el libro 12; se puede sin escrúpulo contar este *treiennium* por dos años y medio y colocar, como lo hace Mommsem, la publicación de este libro al comienzo del año 101. Hállase precedido de una epístola dirigida a su amigo Prisco, de la que ya se ha hecho mención más de una vez en el curso de este trabajo y en la que se duele del aislamiento en que vive, de los recuerdos que de continuo lo asaltan, de las termas, tea-

⁵³ Deciano, amigo de Marcial, estoico moderado, era natural de Mérida (Emérita). Parece que se dedicaba a los ejercicios del foro.

tros y reuniones y explica las causas que le hacen permanecer inactivo. Consta de 102 epigramas.

Siguen en las colecciones, los libros 13 y 14, llamado el 1.º *Xenia* y el 2.º *Apophoreta*. Los epigramas del primer libro, en número de 127, llevan aquella denominación, porque están dirigidos a los amigos y a los huéspedes (*tois xenois*). *Xenia*, significa en griego, regalo o donativo. Marcial en el epigrama 3 del mismo libro nos advierte que él mismo ha dado a cada uno su título, testimonio que es interesante si se considera que muchas de estas composiciones, principalmente las del libro XII, presentan, según las ediciones y manuscritos, una gran diversidad de títulos.

La palabra *Apophoreta*, título del libro 14, proviene de la palabra griega *Apoforein*, que significa llevar. Este segundo libro, que consta de 223 epigramas, estaba destinado, como el anterior, para ser leído como regalo en las fiestas Saturnales y designan los platos u otros objetos que se permitía a los convidados llevar a sus casas. Marcial, pobre según sabemos, en lugar de ofrecer a sus amigos vasos, vestidos o estatuas, les enviaba dísticos y epigramas, escritos con gracia y delicadeza; las composiciones que en estos libros se contienen son en su mayoría epigramas, en el sentido *primitivo* de la palabra, viniendo a ser verdaderas inscripciones, al paso que los otros libros, ya analizados, contienen epigramas según el sentido moderno: poesías de circunstancia, versos sobre un acontecimiento o un personaje. Ambos libros, XIII y XIV, debieron ser escritos, según los cálculos de los eruditos, entre los años 88 y 93.

La obra de Marcial encierra pues unos 1490 epigramas, sin contar los que se le atribuyen o *Epigrammata quaedam M. Val. Martiali afficta*, en número de 13 y otro que no se encuentra en las colecciones y se conserva en la *Anthologia latina* (276-R).

Los códices más notables que se conservan de Marcial han sido en su mayoría interpolados o deteriorados por los italianos. Entre los más antiguos, *T. (Thuaneus)* y *H. (Haupt Vindobonensis)*, los dos del siglo X y procedentes de la misma fuente, sólo contienen el *Liber spectaculorum seu de Spectaculis*, que está añadido en una parte de los otros (familia Cb.). Los manuscritos más antiguos son después de éstos (familia Ca) el *Puteanus*, (X) del siglo X el *Edimburgensis (F)*, siglo X; tres *Vossiani*, a saber: el *R del siglo IX*, el *A del XI* y el *B del XII*. Un Vaticano (V) del siglo X u XI. A otra clase (*B*) pertenece el *Florentinus (F)* y el *Palatinus (P)* del siglo XV con la inscripción: *Ego Torquatus Gennadius emendavi*: «Yo, Torcuato Gennadio, lo enmendé»⁵⁴.

La admiración de la posterioridad por el vate bilbilitano ha cristalizado en el gran número de ediciones que de su obra se han hecho en todos los tiempos. La que se tiene por primera es la publicada por Vindelino de Spira, en

⁵⁴ En la Biblioteca del gran Duque de Toscana, según Antonio, hay tres manuscritos y en la del Escorial, uno del siglo XV, escrito en papel.

Venecia, en 4.º sin nota de año; esta edición, aumentada con comentarios, fue corregida por Jorge Alexandrino, que la dedicó a Ángel Adriano.

En el año 1470 aproximadamente, se publicó en Roma la obra de Marcial (*in-4.º*).

En 1471, también en, se hizo otra en Ferrara, quizás por el primer impresor que allí hubo, llamado Andrés Gallo.

En 1473, publicaron en Roma los epigramas de Marcial Siveynheym y Panmarti, en folio.

En 1474, se hizo en Venecia en folio una nueva edición, corregida por J. Gruta.

En 1475, también en Venecia, se imprimió la obra de Marcial, corregida por Jorge Merula, *Cum commentariis Domitii Calderini*.

En 1480, se hizo una reimpresión de esta edición, con los respectivos comentarios.

En 1498, se dieron a luz los libros *Xenia* y *Apophoreta*, en Leipzig en 4.º.

En 1499, se dieron a luz en Venecia, en folio, los XIX libros comentados por Nicolás Perotto.

Aldo hizo una edición sin comentarios, en Venecia, en 8.º en 1501 y, en esta misma ciudad, otra también en 8.º en 1510.

En 1515, se imprimieron en Strasburgo por Juan Knoblauch con la explicación de Othmaro Nachtgall de las voces griegas que hay en toda la obra de Marcial.

Antes que la edición anterior, pueden citarse la de Bolonia 1511 (*in 8.º*) y la de Deventer (1512, *in 4.º*).

En 1517, se imprimió en 8.º, en Venecia, el texto, sin comentarios.

En 1528, los imprimió en París, en 8.º, Simón Colíneo, que los reimprimió varias veces.

En 1535 y 1536, los imprimió Vicente de Pontonariis en 4.º en Lión (León de Francia), con la vida de Marcial tomada de la que escribió Pedro Crinito y la carta de Plinio el joven a Cornelio Prisco, con motivo del fallecimiento de Marcial (última del libro III).

En 1544, se hicieron dos ediciones: una reimpresión, hecha en París de la de Simón Colíneo que contiene la traducción de las voces griegas de que usa Marcial en varios epigramas. La segunda se hizo en Zurich por Froschover en 8.º, limpios de toda obscenidad, distribuidos por lugares y enmendados los más por Conrado Gesnero, con tres diálogos del mismo, dando razón de su trabajo y las anotaciones de Santiago Micyllo.

Este ejemplo fue seguido por Miguel Vascosano que en 1554, en París, en 4.º, hizo una edición llamada *Martialis castus, ab omni obscoenitate purgatus*.

En 1579, en 12.º, se imprimieron en casa de Plantino y Antonio Gryphio dio a luz en León de Francia, en 1582 en 12.º, algunos inéditos.

En 1602, se hizo una impresión en Francoforte.

En 1607, Somnio imprimió en París, en 4.º los epigramas de Marcial, con los comentarios de Ramírez de Prado.

En 1607 y 1611, nueva edición en Ingolst. *Cum commentariis Mattaei Raderi*.

En 1627, en Moguntia volvieron a imprimirse en folio.

En 1619 y 1621, *Lugduni Batavorum cum notis variis, edidit Petrus Scri-verius*.

En Ámsterdam 1661, 1670, *Cum animadversionibus Johannis Frederici Gronovii ad C. Schrevelius*.

Edición Bipontio, 1784.

Edición N. E. Lemaire, París 1825, 3 volúmenes: Una de las más depu-radas y corregidas que se han hecho.

En la edición de W. E. Weber, que lleva el título *Corpus poetarum latino-rum*, se contienen las obras de Marcial (págs. 1030-1136).

En 1842, en Leipzig, por Teubner: *ex recensione sua denuo recognita*.

También se han hecho de la obra de nuestro poeta gran número de tra-ducciones.

Una de las primeras es el *Florilegium Epigrammatum e libris XIV Mar-tialis selectorum et graecis versibus eiusdem generis expresorum a Frederico Morello (sine loco)*, 1601, en 4.º. Esta traducción forma parte de la edición de Morel, de la misma fecha.

Es también notable la traducción que en lengua griega hizo Scalígero, bajo el título *Anthologia epigrammatum Martialis Ioseph Scaliger vertit graece*, 1603, in 12.

En el año 1607, se hizo una impresión, in 8.º, de esta traducción, con el título *Florilegium epigrammatum, etc*. Contiene la traducción comple-ta del libro de los espectáculos, los 13 y 14, casi enteros, y el resto en parte.

En Alemania, es de notar la traducción de parte de la obra hecha por Ram-bler (Leipzig, 1787-91, 5 tomos, in 8.º), la hecha por Werke, en 1825, in 8.º, omitiendo los obscenos, la que dio a luz Zimmerman, en Francfort en 1783 in 8.º y algunas más. En Inglaterra, hay también un gran número de ellas. La más antigua la hizo en Londres en 1577 in 8.º Timothy Kendall, con el título *Flowers of Epigrams, from Martial, and others*.

En 1656, en Londres, tradujo los epigramas R. Fletcher, in 8.º, con el re-trato de Marcial, por Vaughan.

Cotton, en 1695, en Londres in 8.º, hizo una nueva traducción.

En 1755, en Londres, vieron la luz dos ediciones, ambas traducidas por Conley, llevando una el texto latino in 8.º y la otra, sin él, in 12.

La más moderna edición inglesa data del año 1860 in 8.º y ofrece la par-ticularidad de estar hecha en prosa.

En Francia, la primera traducción de Marcial de que [se] tiene noticia es

la hecha en prosa por Michel de Marolles, en 1655, in 8.^o, con el texto latino y notas.

En 1804, se publican *Los epigramas de Marcial, latín y francés. Nueva traducción por Volland, in 8.^o (Paphos, París) 3 tomos*. Volland la atribuye a unos militares, y está llena de paráfrasis aún más groseras que las obscenidades originales, lo que la hace ilegible.

La colección Panckoucke contiene una traducción por Verger, Dubois y Mangeart (1834-35. París. 4 vol. in 8.^o).

En 1842-43, Mr. Beau los tradujo en 3 volúmenes, formando el último con los *Obscoena*.

Mr. Nisard, en su *Collection des Auteurs latins* (1842. París en 4.^o) ha hecho una traducción, siguiendo de cerca el texto latino.

Por último, y como curiosidad, puede notarse un pequeño folleto titulado *Epigramas contra Marcial, o las mil y una sandeces, tonterías y vulgaridades de sus traductores, así como las mutilaciones, que le han hecho sufrir, comparadas entre sí, y con el texto, por un amigo*. (París 1835, in 8.^o), en el cual un filólogo de mérito, que no dice su nombre (*un ami*) se ha entretenido en poner en ridículo todos los disparates cometidos por los traductores de su poeta favorito⁵⁵.

También se han hecho traducciones italianas (Londra 1872, con notas, Pavía 1821, in 8.^o, Milán 1827, in 8.^o) y hasta una traducción en Varsovia 1759, in 4.^o.

En España, nuestros poetas de los siglos XVI y XVII, tan versados en el conocimiento de los clásicos griegos y latinos, se inspiraron muchas veces en las composiciones de Marcial, y muchas, las tradujeron. Garcilaso, Herrera, Jáuregui, Argensola, han traducido algunos, y Quevedo, que le ha imitado muchas veces, no se desdendió de traducirle.

Según D. José de Castro⁵⁶, «el abogado de Sevilla, D. Pedro de Abaunza, hizo una traducción de toda la obra de Marcial o a lo menos del libro de los *Espectáculos* y de los cuatro primeros libros de los epigramas, con un nuevo comentario a favor de D. Lorenzo Ramírez de Prado contra las objeciones de Musamercio»; de que da noticia D. Nicolás Antonio en la página 68 del tomo 1.^o de la *Biblioteca Antigua*, col. I. D. Juan Antonio Pellicer⁵⁷ dice que «D. Josef. Antonio González de Salas impuso el título de *Marcial redivivo* a una traducción que hizo de los epigramas de aquel célebre poeta Bilbilitano. No parece, dice, que los tradujo todos, sino los más selectos. En el prólogo del

⁵⁵ NE: Johanneau, Éloi: *Épigrammes contre Martial, ou les Mille et une drôleries, sottises et platitudes de ses traducteurs, ainsi que les castrations qu'ils lui ont fait subir, mises en parallèle entre elles et avec le texte, par un ami de Martial*.

⁵⁶ *Biblioteca española*. Madrid, Imprenta Real.

⁵⁷ *Ensayo de una Bibliotheca de traductores españoles*. Madrid, por D. Antonio de Sancha. 1778, p. 100. Ensayo.

Parnaso de Quevedo ya mencionado, copia algunos y otros en las págs. 220, 293, 299. Ignoramos el paradero de la obra».

Los eruditos D. Manuel de Salinas⁵⁸ y Lizana, canónigo de la catedral de Huesca, y D. Juan de Iriarte tradujeron en verso castellano los epigramas de Marcial, así del libro de los *Espectáculos*, como de cada uno de los XIV libros de la colección. Algunos de los que tradujo Salinas se leen en la obra *La agudeza y arte de ingenio*, de Lorenzo Gracián, y los traducidos por Iriarte, en el tomo de sus *obras sueltas*.

Algunos han sido traducidos por el jesuita Morell (1684, Tarragona, 8.º), y otros por un anónimo. Valiéndose de ellos, y añadiendo algunos traducidos por él, ha publicado en la Biblioteca Clásica (tomos CXL y dos siguientes) D. Víctor Suárez Capalleja los epigramas de Marcial, con prólogo y notas, que nada tienen de originales, pues son meras traducciones de las eruditísimas que acompañan a la edición de Nisard, arriba citada.

Como se desprende de lo apuntado, hace falta en España una traducción completa, en prosa, y con el texto latino al frente.

Entre los estudios especiales que sobre la vida y la obra de nuestro poeta se han hecho, citaré, por orden cronológico, los siguientes:

Rooy: *Conjecturae criticae in Martialem*. Utrech, 1764.

Brandt: *De Martialis poetae vita*. Berlín 1853.

Friedlaender: *De temporibus librorum Martialis*. Kœnisberg 1862 y 65.

El mismo autor: *De nonnullis locis corruptis in Martialis epigrammatis*. 1867, in 4.º.

Del mismo: *De personis a Martiali commemoratis*. 1870.

Del mismo: *Sittengeschichte Roms*, III.

Giese: *De personis a Martiale commemoratis*. Greifswald, 1872.

Trabajos parciales, por Scotland, Eldik y Haupt.

Finalmente, el interesante estudio que en el tomo 1.º de sus *Estudios de crítica y costumbres sobre los poetas latinos de la decadencia*, titulado «Marcial o la vida del poeta», le ha dedicado Mr. Nisard.

Capítulo VI

Dos acusaciones contra Marcial. La inmoralidad. Nuestro poeta corruptor del lenguaje y del buen gusto. Apreciación de ambos cargos. Verdadero mérito de los Epigramas.

Casi todos los escritores que han consagrado sus esfuerzos a este linaje de estudios, están de acuerdo, cuando se trata de lanzar contra el vate bilbitano la acusación de inmoral.

⁵⁸ Biblioteca de autores españoles. Rivadeneyra, tomo 42.

En el siglo XVI, la crítica literaria por boca de Aldrete⁵⁹ decía que «si la descompuesta libertad de este poeta no ofendiera en muchos de sus versos los oídos castos de la piedad cristiana, fuera digno de estimarse entre los mayores vates de aquellos tiempos.»

Igual opinión han manifestado los críticos del pasado siglo, repitiendo y aún realizando la idea de formar con los epigramas *no impuros*, un pequeño volumen, lo que se había ya indicado desde el siglo XVI. En la edición que hizo de todos ellos Vicente Colleso (Ámsterdam 1701), puso al final los tildados de obscenos, que ascienden a 148⁶⁰. Don José Rodríguez de Castro⁶¹ dice que «escogería de ellos algunos que son dignos de que todos los lean, y formaría con ellos un libro *poco abultado*».

En el pasado siglo, Fréron juzgaba a Marcial en la forma siguiente: «Este poeta emplea con mucha afectación palabras inusitadas y peregrinas... no tiene sino agudeza y arte».

Entre los críticos modernos, las opiniones están muy divididas. Mr. Piéreron⁶², uno de los detractores de Marcial, dice: «Es difícil no tratar severamente a un poeta que parece ignorar las más simples nociones de moral y todo sentimiento de pudor. Marcial se complace en la obscenidad y se revuelca en ella con una satisfacción manifiesta». Teuffel le recrimina por la complacencia que demuestra al pintar las corrupciones de su siglo y se lamenta de que Marcial, con todo su talento, legara a la posteridad obras caracterizadas por la ausencia de todo sentimiento moral y compatible con la dignidad humana. Schoell⁶³, el eminente historiador de las letras latinas, dice: «que la mayor parte es muy obscena», pero no halla inconveniente en declarar que son composiciones para las cuales el autor guarda toda la sal y la mordacidad de su ironía. El Sr. Suárez, en el prólogo de la traducción de Marcial de la Biblioteca Clásica, no encuentra disculpa para las impurezas con que Marcial ha manchado sus versos. Consecuente con esta opinión, los versos de Marcial que más brillan por su inmoralidad permanecen en lengua latina, conducta que me parece inexplicable y que me hace recordar aquella famosa edición de nuestro Arcipreste de Hita que hizo D. Tomás Antonio Sánchez⁶⁴, suprimiendo lo que se le antojó inmoral, pues dejar en latín esos epigramas donde tan a lo vivo se pintan las costumbres de aquel siglo degenerado, en una colección que está destinada a personas que no conocen ni manejan la lengua latina, o suprimirlas, viene a ser lo mismo.

⁵⁹ *Orígenes de la lengua castellana*. Libro I, capítulo 18.

⁶⁰ NE: Tanto el entrecomillado anterior como esta parte del párrafo son cita casi exacta del texto y de la nota 1 de la página 123 del estudio dedicado a Marcial por José Amador de los Ríos (*Historia crítica de la literatura española*, parte I, Cap. III, «Poetas del Imperio»).

⁶¹ *Biblioteca Española*, p. 119.

⁶² Debe estar citando a Piéreron, Alexis (1881). *Histoire de la Littérature romaine*. Paris.

⁶³ Debe referirse a la obra de Friedrich Schoell *Histoire abrégée de la littérature romaine* (Paris, 1915).

Otros críticos han sido más indulgentes. Mr. Nisard dice que Marcial era moralista a su manera; que viviendo en medio de gentes viciosas y obligado a compartir sus vicios, se vengaba de esta depravación sufrida a pesar suyo, denunciándola mordazmente.

La inmoralidad de Marcial, que ha ocasionado tan diversas opiniones, es un hecho innegable. Sobre todo el libro 11 es de lectura casi imposible.

Para juzgar esta circunstancia de la obra de nuestro poeta, es necesario penetrar en su espíritu. ¿Cuál era la intención de Marcial? ¿Se proponía tan sólo pintar el vicio, para recrear en su pintura? La solución a estas preguntas la encontramos en el estudio detenido de su propia obra. Los epigramas que pueden censurarse como inmorales son los que escribe en Roma, mientras humilla su estro ante los grandes desdeñosos, mientras vive en el ambiente corrompido e inmoral de la época, sin fuerzas para censurar las liviandades y torpezas de la muchedumbre. Desde que pasa a BÍlbilis, nos encontramos al poeta tal cual es, tal cual hubiera sido, de no conocer toda la inmoralidad de la corte romana. Y esto nos prueba que, en el fondo, el alma de Marcial se mantenía pura y digna de nobles pensamientos y amores. Muchos de sus versos son un canto riente y sonoro a la naturaleza, que nos revela la ternura de su alma.

Los buenos caracteres aman el campo, donde el mismo se explaya y el cuerpo se siente plenamente satisfecho de vivir. Una sola de las estrofas de Luis de León es suficiente para revelarnos la dulzura de su alma.

Por otra parte, Marcial era antes que nada un escritor realista y, como tal, aspiraba a pintar en sus versos la verdad de los hechos. Por sus versos pasa toda la vida romana de entonces, retratada tan a lo vivo, que sin ellos ignoraríamos en gran parte las costumbres de su tiempo, ya que su contemporáneo Juvenal es, en sus escritos, demasiado hiperbólico, y no penetra en los diarios y comunes detalles de la vida. Y ¿cuál era la sociedad de su época y la situación de Roma bajo Domiciano? Nada quedaba en ella de los antiguos hechos de armas, de las gloriosas conquistas, de los triunfos espléndidamente conmemorados. Todo esto se había sustituido por los combates de leones y de osos, de elefantes y rinocerontes y por los suplicios refinados con que se gozaba el bárbaro emperador. Marcial nos hace penetrar profundamente en la corrupción de sus contemporáneos; recogiendo todos los sucesos salientes, todos los cuentos y todas las murmuraciones para relatarlos en artísticos versos, nos muestra qué vicios vergonzosos devoraban lentamente a la sociedad de su época, las innobles pasiones de los hombres y la inmoralidad de las mujeres, no ya las de vida airada, sino las mismas matronas que, olvidando el altivo y noble papel que habían desempeñado en la antigua familia romana, no dudaban en lanzarse de noche a las calles, medio desnudas y con el cabello suelto, para ofrecer sus caricias al primer transeúnte.

Además, nuestro poeta debió temer que la posterioridad, al juzgar su obra, le atribuyera los mismos vicios que pintaba, y se apresurara a declarar ingenuamente, que su inmoralidad está en las páginas, y que su vida es honrada:

Lasciva est nobis pagina, vita proba est.

Lo que nos demostrará, una vez más, la bondad de su espíritu, el deseo de aparecer ante los demás, como un hombre probo y honrado, aun cuando algunos de sus epigramas⁶⁵ le presenten de modo bien distinto.

Clame, en buena hora, la crítica, con mayor o menor apasionamiento, contra la inmoralidad de nuestro poeta. Yo creo que la moralidad pública existe independientemente de la moralidad del tiempo y de los hombres, y que a cambio de esta obscenidad tan cruda e intensa, pinta a Roma tan a lo vivo, que es su obra un verdadero cuadro de las costumbres romanas de su época, y fuente inagotable para el conocimiento completo de las mismas.

La segunda acusación que [se] ha lanzado contra Marcial es extensiva a todos los escritores hispano-latinos de este período. El jesuita italiano Tiraboschi⁶⁶, después de afirmar que Marcial «estaba dotado por la naturaleza de un talento nada común para la poesía», atribuye a nuestro poeta el papel de corruptor del buen gusto. «Yo afirmo solamente, dice, que en el siglo 16 cuando reinaba en Italia el buen gusto, nadie hacía caso de Marcial y apenas se le juzgaba digno de ponerse en parangón con Catulo. Es célebre el anual sacrificio que de algunos ejemplares de este poeta, solía hacer a Vulcano en un día determinado, el célebre Andrea Navagero. Y más generalmente el Giraldo afirma, que ni todos ni muchos de los epigramas de Marcial agradaban a los hombres doctos de aquella edad, y que él hubiera elegido algunos pocos dignos, a su parecer, de ser leídos y los demás los hubiera hecho pedazos. En el último siglo, cuando el amor del concepto y de la sutileza⁶⁷ era, por decirlo así, el carácter de los mejores ingenios, Marcial estuvo en gran aprecio y pobre de aquél que hubiese hecho un epigrama o un soneto que no terminase en una agudeza; era además, un frío y trivial poeta.»

Esta última parte de la acusación tiene alguna más razón de ser, acompañándola claro está, de alguna explicación. En párrafos anteriores hemos indicado que Marcial toma por asunto de sus composiciones hechos acaecidos en su época y cuyos protagonistas eran conocidos por los romanos. Pero

⁶⁴ Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV, 1790. *Poesías del Arcipreste de Hita*.

⁶⁵ I, 59; XI, 104.

⁶⁶ NE: La cita pertenece al libro de Girolamo Tiraboschi (1782-1785) *Storia della Letteratura Italiana*. Roma, volumen II, Libro I, Cap. XXVIII, «Qual giudizio debba darsi de'sui Epigrammi», pp. 94-95. Seis renglones después de esta primera frase, aparece la gran cita en el libro de Tiraboschi.

⁶⁷ En el manuscrito: «futileza».

los años transcurren y las generaciones se suceden. Aquello que era motivo de risa o de burla en una época determinada, pasa en otra cualquiera en medio de la mayor indiferencia. Y así sucede que, cuando una gran distancia separa a un escritor de su época, apenas si son conocidas ni comprendidas sus alusiones, siendo ésta la causa de que Marcial sea un poeta oscuro en muchas ocasiones, no porque lo sea en sí, sino porque no somos capaces de entenderlo, ya que ignoramos a qué circunstancias se refieren, y a qué cosas hacen alusión. Pero es evidente que en su época no sucedía lo mismo, pues, de ser así, no se explica la gran estima en que lo tenían sus contemporáneos, según el mismo poeta nos dice frecuentemente.

Para acabar este insignificante trabajo, he de dolerme con Nisard, de las frases oficiales de los que llaman al poeta «vil adulador», sin detenerse a examinar las circunstancias [de] su vida, que si no destruyen, por lo menos atenuan tal acusación, y de las críticas duras y acerbas de algunos que, como La Harpe, no le han leído siquiera.

Obsceno frecuentemente, oscuro muchas y a veces desaliñado, es sin embargo Marco Valerio Marcial, de los escritores que más fielmente han sabido sorprender los mil detalles de la realidad de la vida que él conocía, no a la manera de Persio a través de los libros estoicos, sino después de haberla vivido intensamente, sufriendo alegrías y desengaños, esperanzas y tristezas. De toda su vida ha quedado para la posteridad la página extraña de los que saben sufrir sonriendo.

– *Finis* –